

LA VOZ DE
DIOS
— EN MEDIO DEL —
RUIDO I

CÓMO DISCERNIR SU VOZ,
ENCONTRAR DIRECCIÓN Y VIVIR EN SU PRESENCIA

OSVALDO REBOLLEDA

LA VOZ DE
Dios EN MEDIO
DEL RUIDO I



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno: Una generación rodeada de ruidos.....	9
Capítulo dos: Todos hablan pero Dios no se oye.....	14
Capítulo tres: El silencio de Dios o la sordera humana.....	19
Capítulo cuatro: El engaño de la voz que parece correcta.....	24
Capítulo cinco: La voz de Dios, naturaleza y formas.....	29
Capítulo seis: La voz del alma, emociones y razones.....	34
Capítulo siete: Las voces externas y sus influencias.....	39
Capítulo ocho: Identificando la voz del enemigo.....	44

Capítulo nueve:	
Corazones distraídos	49
Capítulo diez:	
Corazones endurecidos	53
Capítulo once:	
Corazones independientes	57
Capítulo doce:	
Corazones contaminados	61
Capítulo trece:	
El Espíritu Santo la voz interna	66
Capítulo catorce:	
La Palabra, el filtro de toda voz	71
Conclusión	76
Reconocimientos	79
Sobre el autor	81



INTRODUCCIÓN

“Una generación rodeada de ruidos”

Nunca antes el ser humano tuvo acceso a tanta información, tantas opiniones, tantos mensajes y tantas plataformas hablando al mismo tiempo. Cada día millones de palabras atraviesan nuestros oídos. Predicaciones, videos, enseñanzas, noticias, publicaciones, emociones expuestas públicamente, debates doctrinales, frases motivacionales, supuestas revelaciones, consejos espirituales y voces de todo tipo compiten constantemente por nuestra atención.

El problema no es solamente que haya mucho ruido. El verdadero problema es que, en medio de tanto ruido, muchos han dejado de reconocer la voz de Dios.

La humanidad ha desarrollado sistemas para comunicarse más rápido, pero perdió la capacidad de detenerse para escuchar. Vivimos conectados a todo, pero desconectados de lo eterno. El alma moderna está saturada. Los pensamientos nunca descansan. El corazón rara vez guarda silencio. Y una generación que no sabe detenerse tampoco sabe discernir.

Hay creyentes que escuchan predicaciones durante horas, pero hace años que no tienen un momento íntimo y profundo con Dios. Hay cristianos que conocen las voces de muchos hombres, pero desconocen la voz del Espíritu Santo en su interior. Otros viven dependiendo constantemente de

que alguien más les diga qué hacer, qué decidir o qué pensar espiritualmente, porque han perdido la seguridad de ser guiados personalmente por el Señor.

Y en medio de todo esto surge una pregunta profunda y confrontativa: ¿Dios dejó de hablar... o nosotros dejamos de escuchar? Porque la Escritura revela claramente que Dios sigue hablando. Él nunca fue un Dios mudo. Desde el principio, Su voz ha guiado, corregido, consolado, advertido y revelado Su voluntad a los hombres.

La voz de Dios creó los cielos y la tierra. La voz de Dios llamó a Abraham. La voz de Dios habló a Moisés en el desierto. La voz de Dios estremeció el Sinaí. La voz de Dios habló por medio de los profetas. Y finalmente, la voz de Dios se manifestó plenamente en Jesucristo. El problema no es el silencio de Dios. El problema es el endurecimiento progresivo del corazón humano.

Vivimos tiempos donde muchos confunden emociones con dirección divina, deseos personales con voluntad de Dios y pensamientos humanos con revelación espiritual. Hay quienes toman decisiones basadas solamente en impulsos emocionales y luego dicen: “Dios me dijo”. Otros viven guiados por ansiedad espiritual, urgencias internas o presiones externas, sin discernir realmente qué voz están siguiendo.

No toda voz espiritual proviene de Dios, y no todo lo que parece luz tiene origen en el cielo. Por eso este libro no

fue escrito simplemente para enseñar sobre el tema de escuchar a Dios, sino para provocar una restauración de la sensibilidad espiritual. Este mensaje busca confrontar el ruido que invadió el corazón de la Iglesia y llamar nuevamente al creyente a una vida de intimidad, quietud y discernimiento.

Porque una de las tragedias más grandes de este tiempo es tener creyentes informados, pero no dirigidos por el Espíritu Santo. Muchos saben mucho, pero oyen poco. Muchos consumen contenido espiritual, pero no desarrollan una buena comunión con Dios. Muchos hablan de revelación, pero han perdido la capacidad de permanecer en silencio delante del Señor.

Y cuando el corazón pierde sensibilidad, comienza a normalizar la confusión espiritual. Entonces aparecen las decisiones precipitadas, las emociones disfrazadas de fe, las palabras manipuladoras, las falsas direcciones y el agotamiento espiritual. Porque no se puede discernir la voluntad de Dios en medio de un corazón saturado de ruido.

El Señor sigue llamando a Su pueblo a volver a la intimidad profunda y verdadera. Dios todavía habla en medio del caos, todavía guía en medio de la oscuridad, todavía revela Su voluntad a los que aprenden a permanecer cerca de Él. Sin embargo, el Señor no compite con el ruido; espera ser buscado en la quietud.

Estos dos libros sobre la voz de Dios en medio del ruido, nacen con el propósito de ayudar a mis hermanos a distinguir las voces que operan en su interior y alrededor de sus vidas. A lo largo de las páginas de este primer ejemplar, hablaremos del ruido espiritual de esta generación, de la voz del alma, de las influencias externas, de la voz del enemigo y, principalmente, de las características de la voz de Dios.

También confrontaremos las razones por las cuales muchas personas ya no escuchan con claridad al Señor: corazones distraídos, endurecidos, independientes y contaminados. Este no será un recorrido superficial. Será un llamado profundo a revisar el estado del corazón.

Porque escuchar a Dios no es solamente una experiencia espiritual; es una condición del corazón. Y cuando el corazón se llena demasiado de otras voces, inevitablemente pierde sensibilidad para percibir la voz del Espíritu.

Jesús dijo: ***“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”***. Él no habló solamente de capacidad auditiva espiritual, sino de relación, intimidad y comunión. Las ovejas reconocen la voz del pastor porque viven cerca de él. Ese continúa siendo el secreto hoy. No se trata de métodos místicos, no se trata de fórmulas emocionales, ni se trata de depender constantemente de hombres, se trata de volver a caminar cerca del Buen Pastor.

Capítulo uno

UNA GENERACIÓN RODEADA DE RUIDIOS

Tal como mencioné en la introducción, el gran problema que vivimos en esta generación es que nunca antes hubo tantas voces, supuestamente informativas, y a la misma vez tanta confusión. La generación actual no padece falta de información, sino exceso de ella; no carece de palabras, sino que está ahogada en ellas.

En medio de ese océano de estímulos, opiniones, enseñanzas, predicaciones, contenidos digitales y discursos espirituales, el alma ha perdido su capacidad de distinguir, de filtrar, y sobre todo, de escuchar verdaderamente la voz de Dios.

Lo que antes era silencio ahora incomoda, y lo que antes era dirección ahora se reemplaza por acumulación. El hombre moderno ha aprendido a consumir palabras, pero ha desaprendido el arte de discernirlas. Y en ese proceso, sin darse cuenta, ha dejado de percibir la voz más importante de todas.

Así como en generaciones pasadas se dedicaban largas horas a preparar una comida casera, y luego ese hábito fue reemplazado por el pragmatismo de la comida rápida, negociando calidad por comodidad, hoy hemos sustituido los tiempos de intimidad y silencio en la presencia de Dios, por un exceso de palabras que prometen acceso inmediato a la información espiritual. Como si información y revelación fueran lo mismo.

La Escritura declara: “*Estad quietos, y conoced que yo soy Dios*” (Salmo 46:10). Sin embargo, la quietud se ha convertido en un territorio desconocido para muchos creyentes. La vida acelerada, la constante exposición a estímulos y la necesidad casi compulsiva de estar conectados han generado una incapacidad progresiva para detenerse. Y quien no se detiene, no escucha; y quien no escucha, comienza a vivir guiado por otras voces.

El ruido no es solamente externo, es también interno. No se trata únicamente de lo que entra por los oídos, sino de lo que se activa en el alma. Cada palabra que se escucha genera pensamientos, emociones, interpretaciones y reacciones. Cuando esas voces son muchas, el interior del hombre se vuelve un campo de conflicto constante, donde ya no hay claridad, sino mezcla. Y donde hay mezcla, la voz de Dios pierde nitidez.

Jesús dijo: “*El que es de Dios, las palabras de Dios oye*” (Juan 8:47). No dijo que las escucha superficialmente, sino que las oye, las reconoce, las recibe. Pero esa capacidad

no depende solo de la voluntad de Dios de hablar, sino de la disposición del corazón para percibir. Porque Dios no ha dejado de hablar; el problema es que el hombre ha aprendido a convivir con el ruido.

Esta generación ha desarrollado una peligrosa familiaridad con lo superficial. Se oyen mensajes, pero no se procesan; se reciben palabras, pero no se encarnan; se acumula conocimiento, pero no se traduce en transformación. Y en ese ciclo constante, la voz de Dios comienza a ser una más entre muchas, cuando en realidad debería ser la única que gobierna.

El apóstol Pablo advierte en **1 Corintios 14:10** que *“tantas clases de idiomas hay, seguramente, en el mundo, y ninguno de ellos carece de significado”*. Es decir, toda voz comunica algo, toda palabra tiene un efecto. Pero no toda voz edifica, ni toda palabra proviene de Dios. Y cuando el creyente no desarrolla discernimiento, termina dando el mismo valor a todo lo que escucha.

Aquí es donde el problema se vuelve espiritual y no solo cultural. Porque no estamos hablando simplemente de distracción, sino de desalineación. El alma saturada pierde sensibilidad, y un corazón sin sensibilidad espiritual no puede responder correctamente a Dios. Se vuelve lento para percibir, torpe para entender, y finalmente, independiente en su manera de vivir.

El profeta Isaías describe una condición alarmante: *“Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos; para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda”* (Isaías 6:10). No es que Dios desee eso como fin, sino que describe el resultado de una exposición continua sin respuesta. Cuando el hombre oye pero no responde, comienza a endurecerse.

Este es uno de los mayores peligros del ruido: no solo distrae, sino que endurece progresivamente. Porque el corazón fue diseñado para responder a Dios, no para acumular estímulos. Cuando esa respuesta se pierde, la vida espiritual se vuelve mecánica, repetitiva y vacía de dirección real.

Hoy muchos creyentes están informados, pero no dirigidos; activos, pero no guiados; rodeados de palabras, pero lejos de la voz de Dios. Y esto no se resuelve escuchando más, sino aprendiendo a callar lo innecesario.

Porque el problema no es que Dios no esté hablando, sino que hay demasiadas cosas ocupando el espacio donde Él quiere ser escuchado. El ruido no solo llena el ambiente, ocupa el corazón. Y cuando el corazón está lleno de otras voces, la voz de Dios no encuentra lugar para establecer gobierno.

De manera personal, uno de los medios de comunicación que más me atrae es la radio. He tenido varios programas en emisoras de frecuencia modulada en distintas

ciudades, y en esa experiencia comprobé que, en territorios densamente poblados, la banda de FM suele estar saturada de emisoras.

Cada una de estas emisoras recibe un dial específico para funcionar, y ninguna debe moverse de su frecuencia, pues la superposición de señales confunde a los oyentes, y les impide sintonizar con claridad la emisora favorita.

Algo semejante ocurre en la frecuencia espiritual. Los ámbitos de comunicación están tan saturados, que los ruidos terminan desorientando a quienes escuchan. El problema no es la falta de sonido, porque al final, todos dicen oír, el gran tema es la dificultad de discernir la voz más trascendente entre tantas voces, que es nada menos que la del Señor.

Ante esto, diría que el primer paso no es buscar nuevas palabras, sino recuperar el silencio. No es correr detrás de más mensajes, sino detenerse delante de Dios. No es aumentar el volumen de lo externo, sino limpiar lo interno.

Porque solo cuando el alma deja de estar saturada, el espíritu comienza a percibir. Y allí, en ese lugar donde el ruido pierde fuerza, la voz de Dios vuelve a tener claridad.



Capítulo dos

TODOS HABLAN PERO DIOS NO SE OYE

Hay una escena silenciosa pero profundamente reveladora en la vida espiritual de muchos creyentes: están rodeados de voces, consumen mensajes constantemente, siguen enseñanzas, escuchan predicaciones, reciben consejos, pero en lo íntimo, en lo secreto, no tienen claridad de la voz de Dios. No porque Dios haya dejado de hablar, sino porque el corazón ha aprendido a depender de intermediarios.

Se ha instalado una cultura espiritual donde muchos saben qué dice tal predicador, qué enseña tal ministerio, qué opina tal referente, pero no pueden decir con certeza: “esto es lo que Dios me está hablando”. Y ese desplazamiento es más serio de lo que parece, porque no solo afecta la dirección, afecta la comunión con el Espíritu Santo.

La Escritura declara: “*Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen*” (Juan 10:27). Jesús no dijo que Sus ovejas oyen acerca de Su voz, ni que oyen la voz de otros que hablan de Él, sino que oyen Su voz directamente. La

identidad del creyente no está definida por cuánto escucha de otros, sino por cuánto reconoce la voz de su Pastor.

Sin embargo, muchos han reemplazado la comunión por la referencia. Han sustituido la intimidad por la consulta rápida. Y así, cuando necesitan dirección, no buscan primero a Dios, sino a alguien que les diga qué hacer. Se ha normalizado una dependencia que parece espiritual, pero que en realidad es una forma sutil de inmadurez.

Esto no significa que Dios no use hombres, ni que los ministerios no tengan un rol de comunicación. Claro que lo tienen. La Escritura dice en **Efesios 4:11 y 12** que Él mismo constituyó apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros para perfeccionar a los santos, y esto se realiza también comunicando. Pero el propósito de esos ministerios no es reemplazar la voz de Dios, sino formar creyentes capaces de oír efectivamente.

Cuando el creyente se vuelve dependiente de voces externas para cada decisión, su vida espiritual pierde firmeza. Porque comienza a vivir por confirmación ajena en lugar de convicción interna. Y la fe no se sostiene en lo que otros oyen, sino en lo que uno ha recibido de Dios.

El problema se agrava cuando la multiplicidad de voces comienza a generar contradicción. Uno dice una cosa, otro dice otra, uno enfatiza algo, otro lo relativiza. Y el creyente, en lugar de encontrar claridad, entra en confusión. No porque las voces sean necesariamente malas, sino porque

no fueron diseñadas para reemplazar la dirección personal de Dios.

Pablo le escribe a los corintios y les dice: ***“Porque vosotros, teniendo muchos maestros en Cristo, no tenéis muchos padres” (1 Corintios 4:15)***. Es posible estar rodeado de enseñanza y aun así carecer de formación verdadera. Porque la formación no ocurre solo por oír, sino por relacionarse correctamente con la verdad.

Aquí aparece un punto clave: no toda voz que edifica, dirige. Hay palabras que alimentan, que corrigen, que alinean, pero la dirección específica para la vida del creyente proviene de Dios, no del hombre. Y cuando ese orden se invierte, el creyente comienza a vivir desfasado, tomando decisiones basadas en lo que escuchó, pero no necesariamente en lo que Dios dijo.

El peligro de vivir de palabras ajenas no es solo la dependencia, sino la desconexión progresiva. Porque mientras más se apoya alguien en lo externo, menos desarrolla lo interno. Y el oído espiritual no se forma escuchando únicamente hacia afuera, sino aprendiendo a percibir hacia adentro.

El profeta Jeremías confronta una situación similar cuando dice: ***“No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban”*** (Jeremías 23:21). Hay voces que hablan sin haber sido enviadas, palabras que circulan sin haber sido originadas en Dios. Y si

el creyente no tiene discernimiento, puede terminar alimentándose de lo que suena espiritual, pero no lo es.

En este tiempo, más que nunca, es necesario recuperar el lugar de la búsqueda personal. Volver al secreto, al lugar donde no hay influencia de terceros, donde no hay estímulos externos, donde el alma deja de consumir y el espíritu comienza a percibir.

Jesús mismo modeló esto. Aun teniendo multitudes, enseñanza, movimiento constante, Él se apartaba para estar a solas con el Padre (**Lucas 5:16**). No porque necesitara desconectarse del ministerio, sino porque entendía que la fuente de toda dirección no estaba en la actividad, sino en la comunión.

Hoy muchos están activos, pero no conectados; informados, pero no guiados; acompañados, pero no alineados. Y esto no se resuelve escuchando más voces, sino aprendiendo a silenciar aquellas que ocupan el lugar que solo le corresponde a Dios. Porque cuando todos hablan, pero Dios no se oye, el problema no es la falta de palabras, es la ausencia de prioridad.

Dios no compite por espacio en el corazón del hombre. Él habla, pero espera ser escuchado. Y solo aquellos que le dan el lugar correcto a Su voz, pueden caminar con verdadera dirección.

El llamado no es a dejar de oír a otros, sino a dejar de depender de ellos. No es rechazar la enseñanza, sino ubicarla en su lugar correcto. No es aislarse, sino volver a establecer la fuente. Porque la vida del Reino no se construye sobre lo que otros dicen que Dios dijo, sino sobre lo que Dios habla personalmente al corazón.

Y hasta que esa realidad no sea restaurada, los creyentes seguirán rodeados de palabras, pero vacíos de verdadera dirección espiritual. Eso impide que vivamos Reino, por más que en este tiempo se estén mencionando sus conceptos más que nunca.



Capítulo tres

EL SILENCIO DE DIOS O LA SORDERA HUMANA

Una de las frases más repetidas en tiempos de crisis espiritual es esta: “Dios no me habla”. Se dice con frustración, con desconcierto, y a veces hasta con resignación. Pero detrás de esa declaración hay una pregunta más profunda que pocas veces se formula con honestidad: ¿realmente Dios ha guardado silencio, o quien se queja ha perdido la capacidad de oír?

La percepción del silencio de Dios no siempre refleja una ausencia divina, sino muchas veces una desconexión humana. Porque el problema no es que Dios haya dejado de comunicarse, sino que el hombre, progresivamente, ha dejado de responder. Y cuando la respuesta se apaga, la percepción también se distorsiona.

La Escritura declara en **Hebreos 3:15**: “*Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*”. Esta palabra no es una sugerencia, es una advertencia. Porque establece una relación directa entre oír y responder. No dice simplemente “si oyereis”, sino que inmediatamente conecta esa acción con

la condición del corazón. Esto revela que el problema no es auditivo en esencia, sino espiritual.

Dios sigue hablando. Él no ha cambiado su naturaleza ni ha interrumpido su intención de guiar. Desde el principio, Su deseo ha sido comunicarse con el hombre, revelarse, dirigirlo. ***“Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jeremías 33:3)***. Esta promesa no tiene fecha de vencimiento. Pero sí tiene una condición implícita: un corazón dispuesto a escuchar.

Sin embargo, cuando el hombre oye pero no responde, algo comienza a suceder internamente. La sensibilidad se reduce, la percepción se debilita, y lo que antes era claro comienza a volverse difuso. No es que Dios haya bajado el volumen, es que el corazón ha levantado barreras. Ante esta apatía espiritual, Dios también disminuye su comunicación, porque Él sabe de quien no obtiene respuestas.

Este proceso no ocurre de un día para otro. Es progresivo, casi imperceptible al principio. Se comienza ignorando pequeñas convicciones, postergando respuestas, relativizando instrucciones. Y con el tiempo, lo que antes incomodaba ya no incomoda, lo que antes confrontaba ya no confronta. El corazón empieza a endurecerse.

El endurecimiento no es otra cosa que la pérdida de sensibilidad espiritual. Es cuando el hombre sigue escuchando externamente, pero internamente ya no

reacciona. Y en ese estado, puede incluso creer que Dios está en silencio, cuando en realidad ha sido él quien ha dejado de responder.

El profeta Zacarías describe esta condición con una imagen fuerte: ***“Y pusieron su corazón como diamante, para no oír la ley ni las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su Espíritu” (Zacarías 7:12)***. No es que no había palabra, es que el corazón se volvió impenetrable. La voz estaba, pero no encontraba acceso.

Aquí es donde la pregunta inicial cobra sentido real: ¿es el silencio de Dios... o la sordera del hombre?

Porque hay momentos en los que Dios, en Su soberanía, puede guardar silencio con un propósito. Pero esos momentos son específicos, intencionales, y siempre están enmarcados en un proceso mayor. No son la norma de la vida del creyente. La norma es la comunión, la dirección, la guía constante del Espíritu.

Jesús lo dejó claro cuando dijo en **Juan 16:13**: ***“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”***. La guía implica comunicación. El Espíritu no solo habita en el creyente, también lo dirige. Y esa dirección no ocurre en silencio absoluto, sino en una relación viva.

Por eso, cuando el creyente entra en una etapa donde siente que Dios no habla, no debería apresurarse a concluir que el cielo se ha cerrado. Más bien, debería examinar el

estado de su corazón. Porque muchas veces, el problema no está en la falta de voz, sino en la falta de respuesta.

El peligro de este estado es que puede normalizarse. El creyente se acostumbra a vivir sin dirección clara, comienza a tomar decisiones por lógica, por experiencia o por conveniencia, y poco a poco deja de depender de la voz de Dios. No porque lo haya decidido conscientemente, sino porque ha perdido la sensibilidad para percibirla.

Cuando eso ocurre, la vida espiritual entra en una zona peligrosa: se mantiene la forma, pero se pierde la esencia. Se sigue orando, se sigue asistiendo, se sigue participando, pero sin una comunión real, sin dirección viva, sin la frescura de la voz de Dios guiando cada paso.

Isaías 59:2 dice: *“Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír”*. Esto no habla de abandono, sino de interrupción en la comunión. No porque Dios se haya ido, sino porque algo se ha interpuesto.

Aquí se revela otra dimensión importante: no toda sordera espiritual proviene de distracción o endurecimiento progresivo, también puede ser consecuencia de áreas no tratadas. Pecados ocultos, motivaciones incorrectas, actitudes internas que no han sido rendidas. Todo eso genera interferencia.

Pero aun en ese escenario, la gracia de Dios sigue extendida. Porque Él no solo habla, también restaura la capacidad de oír. Él no solo guía, también sana el oído espiritual. Y cuando el corazón se vuelve a Él con sinceridad, la voz que parecía lejana vuelve a ser clara.

El problema nunca ha sido la falta de intención divina, sino la condición humana. Dios no juega a esconderse, ni se deleita en confundir a Sus hijos. Él habla, guía, dirige. Pero lo hace en un contexto de relación, no de superficialidad.

Por eso, más que preguntarse por qué Dios no habla, el creyente debería preguntarse: ¿estoy respondiendo a lo que ya me habló? Porque muchas veces, la siguiente palabra de Dios está esperando la respuesta a la anterior. Y hasta que eso no se resuelve, el cielo puede parecer en silencio, no por falta de voz, sino por falta de obediencia.

Cuando el corazón vuelve a sensibilizarse, cuando deja de resistir, cuando decide responder, algo se reactiva. La comunión se restaura, la percepción se afina, y la voz de Dios deja de ser una incógnita para volver a ser una guía constante. Porque Dios nunca dejó de hablar, pero los hijos de Dios, muchas veces necesitamos volver a calibrar nuestra vida espiritual para oír a nuestro Señor.



Capítulo cuatro

EL ENGAÑO DE LA VOZ QUE PARECE CORRECTA

No todo lo que suena espiritual proviene de Dios. Y no todo lo que parece correcto, lo es en su origen. Hay un terreno peligroso en la vida del creyente donde las palabras pueden ser correctas, el lenguaje puede ser bíblico, la intención puede parecer noble, pero el corazón desde donde nace está desalineado. Y cuando el corazón está fuera de lugar, incluso lo correcto se contamina.

Este es uno de los engaños más sutiles y más difíciles de detectar. Porque no se presenta como error evidente, sino como una aparente dirección espiritual. No grita mentira, susurra verdad, pero mezclada con impulsos del alma, y sin unción. Y esa mezcla es suficiente para desviar, confundir y finalmente conducir a decisiones que no nacieron en Dios.

La Escritura declara en **Jeremías 17:9**: *“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”*. Esta afirmación no apunta a condenar al hombre, sino a revelar una realidad: el corazón humano, cuando no está rendido completamente a Dios, tiene la capacidad de distorsionar incluso lo espiritual. Puede tomar

un deseo personal y vestirlo de dirección divina. Puede convertir una emoción en una supuesta guía del Espíritu.

Aquí es donde muchos caen sin darse cuenta. No porque quieran desobedecer, sino porque no han aprendido a discernir. Confunden lo que sienten con lo que Dios dice. Interpretan sus impulsos como dirección. Y en lugar de someter sus pensamientos a Dios, buscan que Dios valide lo que ya decidieron internamente.

El libro de Proverbios advierte: ***“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12)***. No dice que parece incorrecto, sino que parece derecho. Ese es el punto crítico. El engaño no siempre viene en forma de error evidente, sino en forma de aparente acierto.

Cuando el corazón no está alineado, el creyente no necesariamente rechaza a Dios, pero sí comienza a reinterpretarlo. Ajusta lo que oye según lo que desea. Filtra la voz de Dios a través de sus intereses. Y sin darse cuenta, deja de ser guiado para empezar a justificarse espiritualmente.

Jesús confrontó una realidad similar en los fariseos. Ellos conocían la Escritura, hablaban de Dios, enseñaban principios, pero sus corazones estaban lejos de Él. ***“Este pueblo de labios me honra; más su corazón está lejos de mí” (Mateo 15:8)***. Las palabras eran correctas, pero la fuente estaba contaminada.

Este principio sigue vigente. Hoy muchos pueden hablar correctamente, incluso creer que están siendo guiados, pero si el corazón no está rendido, la percepción se distorsiona. Y cuando la percepción se distorsiona, la voz que se oye puede no ser la de Dios, aunque se exprese con lenguaje espiritual.

El alma tiene la capacidad de imitar lo espiritual. Puede generar pensamientos que parecen elevados, puede producir emociones que se sienten profundas, puede construir argumentos que suenan convincentes. Pero eso no significa que provengan del Espíritu. El alma no redimida puede operar como una falsificación de lo espiritual.

Por eso, no basta con que algo “suene bien” o “se sienta correcto”. La verdadera pregunta no es cómo se percibe, sino de dónde proviene. Porque en el Reino, el origen define la validez. Y si el origen no es Dios, por más correcto que parezca, terminará desviando.

Santiago 3:17 hace una distinción clara: *“Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna...”* Es decir, hay una sabiduría que no es de lo alto, aunque pueda parecerlo. Y el discernimiento consiste precisamente en identificar la diferencia.

Aquí es donde el corazón juega un rol central. No se trata solo de oír correctamente, sino de estar correctamente posicionado. Porque un corazón rendido no busca que Dios

confirme sus deseos, busca que Dios gobierne su vida. No se acerca a Dios para validar decisiones, sino para recibir dirección, aunque esta confronte, incomode o contradiga lo que esperaba.

El peligro del corazón equivocado es que no quiere ser corregido, quiere ser aprobado. Y cuando ese es el enfoque, cualquier voz que afirme lo que ya se desea será interpretada como la voz de Dios.

Por eso Jesús dijo en **Juan 7:17**: *“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios”*. La revelación no es solo intelectual, es una cuestión de disposición. El que está dispuesto a obedecer, discierne. El que no, se confunde.

Este es un punto clave: el discernimiento no comienza en el oído, comienza en la intención del corazón. Si la intención está torcida, la percepción también lo estará. Pero si el corazón está alineado, incluso en medio de muchas voces, la voz de Dios se vuelve clara.

Dios no solo habla al oído, habla al corazón. Y si el corazón no está en el lugar correcto, la voz puede ser escuchada, pero no correctamente interpretada. Por eso, más que buscar oír mejor, el creyente necesita rendirse más profundamente. Porque no se trata solo de identificar la voz correcta, sino de tener el corazón correcto para recibirla.

Cuando el corazón se alinea, la confusión se disipa. Cuando el interior se ordena, la voz de Dios deja de competir con otras. Y cuando la intención es pura, la dirección se vuelve evidente. Porque en el Reino, no solo importa lo que se habla, sino desde donde se habla, y no solo importa lo que se oye, sino desde dónde se oye.



Capítulo cinco

LA VOZ DE DIOS NATURALEZA Y FORMAS

En medio de tantas voces, el verdadero desafío no es solamente silenciar el ruido, sino aprender a discernir con precisión la voz de Dios. Porque no basta con saber que Él habla; es necesario discernir cómo habla, desde dónde habla y qué distingue Su voz de cualquier otra.

La voz de Dios no es un sonido audible en la mayoría de los casos, sino una comunicación espiritual que impacta el interior del hombre. No se limita a palabras externas, sino que se manifiesta en el espíritu del creyente, trayendo claridad, convicción y dirección. Es una voz que no siempre se impone con volumen, pero que siempre se distingue por su autoridad.

El apóstol Pablo lo expresa en **1 Corintios 2:11**: *“Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”*. Esto revela que la comunicación de Dios no ocurre en el nivel superficial del alma, sino en la profundidad del espíritu. Por eso no se discierne con lógica humana, sino con sensibilidad espiritual.

Dios habla, y lo hace de diferentes maneras, pero siempre manteniendo Su naturaleza. Él habla por medio de Su Palabra, habla por Su Espíritu, y en ocasiones utiliza circunstancias o personas. Pero en todos los casos, Su voz tiene características inconfundibles que la distinguen de cualquier otra.

Una de esas características es la claridad. La voz de Dios no genera confusión interna. Puede confrontar, puede desafiar, incluso puede incomodar, pero no confunde. **Santiago 1:5** declara que Dios da sabiduría sin reproche, y esa sabiduría no deja al creyente en un estado de incertidumbre constante. La confusión no es un atributo del Espíritu de Dios.

Otra característica fundamental es la autoridad. Cuando Dios habla, no lo hace como una opinión más entre muchas. Su voz establece dirección. No se presenta como una sugerencia débil, sino como una verdad que se impone internamente, no por presión, sino por peso espiritual. Es una certeza que no depende de argumentos externos, sino de una convicción interna que el Espíritu produce.

Jesús dijo en **Mateo 7:29** que enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. Esa misma autoridad se manifiesta cuando Él habla al corazón. No necesita levantar la voz, porque Su naturaleza misma comunica dominio y verdad.

También es una voz que produce paz. No una paz superficial basada en comodidad, sino una paz profunda que trasciende la lógica. **Filipenses 4:7** habla de *“la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento”*. Esto significa que incluso cuando la dirección de Dios desafía la razón o va en contra de lo esperado, hay una estabilidad interna que confirma que proviene de Él.

Esta paz no debe confundirse con ausencia de conflicto externo. Muchas veces, la voz de Dios llevará al creyente a escenarios que no son cómodos. Pero aun en medio de la incertidumbre externa, hay una certeza interna que permanece firme. Esa es una de las evidencias más claras de Su voz.

Otra característica es la coherencia con la Escritura. Dios nunca se contradice. Su voz siempre estará alineada con Su Palabra. Nunca llevará al creyente a actuar en contra de lo que ya ha sido revelado en la Escritura. Por eso, la Biblia no es solo un libro de enseñanza, es el filtro que valida toda experiencia espiritual.

El **Salmo 119:105** dice: *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”*. Esto no solo habla de iluminación, sino de dirección. La voz de Dios no se mueve al margen de Su Palabra, se expresa en coherencia con ella.

Además, la voz de Dios produce transformación. No es solo informativa, es formativa. No se limita a decir qué hacer, sino que moldea el interior del creyente. Cada vez que

Dios habla, algo cambia: la perspectiva se alinea, el corazón se ajusta, la vida se reordena.

Hebreos 4:12 declara que la palabra de Dios es viva y eficaz, y que discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Esto significa que cuando Dios habla, no solo dirige hacia afuera, sino que también trabaja desde lo más profundo del corazón.

Es importante entender que la voz de Dios no compite con otras voces. Él no grita para imponerse. Él habla, y espera ser reconocido. Jesús dijo en **Juan 10:4** que las ovejas le siguen porque conocen su voz. No porque no haya otras voces, sino porque han aprendido a distinguirla.

Aquí es donde entra la madurez espiritual. Reconocer la voz de Dios no es un acto automático, es el resultado de una relación. Es fruto de la intimidad, de la comunión, del tiempo invertido en Su presencia. No se trata de técnica, sino de conexión.

Muchos buscan fórmulas para oír a Dios, pero la voz de Dios no se accede por métodos, sino por relación. No es un sistema que se activa, es una comunión que se cultiva. Y en esa comunión, comenzamos a identificar patrones, a reconocer el tono espiritual de Dios, a distinguir Su forma de hablar. No porque hayamos aprendido ciertas reglas, sino porque llegamos a conocer al que habla.

Este es el punto central: la voz de Dios no se entiende completamente desde lo conceptual, se reconoce desde lo relacional, desde la práctica de nuestra comunión diaria. Por eso, más que enfocarnos en “cómo oír”, debemos enfocarnos en “conocer a Dios”. Porque cuando conocemos al que habla, Su voz deja de ser un misterio.

En medio de un mundo lleno de ruido, esa voz, clara, firme, coherente, transformadora y llena de paz, sigue siendo la única capaz de guiar con precisión. No necesita imponerse, solo necesita ser reconocida.



Capítulo seis

LA VOZ DEL ALMA EMOCIONES Y RAZONES

Uno de los mayores desafíos en la vida espiritual no es solamente identificar la voz de Dios, sino discernir aquellas voces internas que, sin ser divinas, se presentan como si lo fueran. Entre ellas, la más constante, la más cercana y la más engañosa, nuestra propia voz del alma.

El alma, compuesta por la mente, las emociones y la voluntad, tiene una capacidad extraordinaria para generar pensamientos, interpretar experiencias y producir sensaciones que pueden parecer profundamente espirituales. Pero el hecho de que algo se sienta real, intenso o incluso “correcto”, no significa que provenga de Dios.

Aquí es donde muchos creyentes tropiezan. No porque estén lejos de Dios, sino porque no han aprendido a diferenciar entre lo que nace en el espíritu y lo que se origina en el alma. Y cuando esa diferencia no está clara, la vida espiritual comienza a mezclarse, generando decisiones que parecen guiadas, pero que en realidad están impulsadas por emociones, deseos o razonamientos humanos.

Proverbios 3:5 advierte con claridad: *“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia”*. Esto no es una invitación a ignorar la razón, sino a no depender de ella como fuente de dirección espiritual. Porque la mente, por más desarrollada que esté, no tiene la capacidad de discernir la voluntad de Dios sin la intervención del Espíritu Santo.

La voz del alma suele manifestarse de manera sutil. No se presenta como una oposición abierta a Dios, sino como una interpretación interna que parece lógica, razonable y hasta espiritual. Puede tomar la forma de pensamientos insistentes, de emociones intensas o de conclusiones que parecen coherentes. Pero su origen no es el Espíritu, sino el interior humano.

Un ejemplo común es cuando alguien dice: “Siento que Dios me dijo”. Esa frase, tan utilizada en el lenguaje cristiano, muchas veces encubre una realidad distinta. No siempre se trata de una dirección divina; en muchos casos, es una emoción elevada, un deseo fuerte o una convicción personal que se ha revestido de espiritualidad.

Jeremías 10:23 lo expresa con profundidad: *“Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos”*. Esto revela una verdad esencial: el ser humano no fue diseñado para auto-guiarse. Cuando intenta hacerlo, aunque sea con buenas intenciones, termina dependiendo de su propia alma.

Las emociones, por ejemplo, tienen un rol importante en la vida humana, pero no son una fuente confiable de dirección espiritual. Pueden cambiar rápidamente, pueden intensificarse o debilitarse según las circunstancias, y muchas veces responden más a percepciones que a verdades. Guiarse por emociones es vivir en constante inestabilidad.

Del mismo modo, los deseos personales pueden influir profundamente en la manera en que se interpreta lo espiritual. Cuando alguien desea algo con intensidad, corre el riesgo de interpretar cualquier señal como confirmación. No porque Dios esté hablando, sino porque el corazón está inclinado hacia un resultado específico.

Santiago 1:14 advierte: *“Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido”*. Esto no habla únicamente de pecado evidente, sino de la inclinación interna que puede arrastrar al hombre hacia decisiones equivocadas. Incluso en lo espiritual, el deseo puede distorsionar la percepción.

La mente también juega un papel clave. Tiene la capacidad de construir argumentos, de analizar escenarios, de anticipar resultados. Pero cuando opera sin la guía del Espíritu Santo, puede generar conclusiones que parecen correctas, pero que no están alineadas con la voluntad de Dios.

Romanos 8:6 establece una diferencia clara: *“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del*

Espíritu es vida y paz”. Esto no se refiere únicamente a lo pecaminoso, sino a la fuente desde la cual se vive. Cuando el alma toma el control, incluso en cosas aparentemente buenas, el resultado es desconexión. Pero cuando el Espíritu guía, produce vida y paz.

Aquí es donde el discernimiento se vuelve indispensable. No todo lo que surge dentro del creyente proviene de Dios. Hay pensamientos que deben ser filtrados, emociones que deben ser evaluadas y deseos que deben ser sometidos.

2 Corintios 10:5 dice que debemos *“llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”*. Esto implica que no todo pensamiento es automáticamente válido. Hay un proceso de sometimiento, de evaluación, de alineación.

La voz del alma no es necesariamente mala, pero no fue diseñada para gobernar. Su función no es dirigir, sino responder al espíritu cuando este está alineado con Dios. Cuando el orden se invierte, el alma comienza a tomar decisiones que deberían ser guiadas por el Espíritu.

Este desorden es común en muchos creyentes. No porque rechacen a Dios, sino porque no han aprendido a someter su interior. Y en ese estado, pueden vivir convencidos de que están siendo guiados, cuando en realidad están siguiendo sus propias inclinaciones.

El desafío no es silenciar el alma, sino ubicarla en su lugar correcto. No se trata de negar las emociones o ignorar los pensamientos, sino de no permitir que ellos definan la dirección espiritual.

Cuando el creyente aprende a someter su alma al Espíritu, algo comienza a ordenarse internamente. Las emociones dejan de gobernar, los deseos dejan de dirigir, y la mente deja de ser la fuente principal de decisiones. En su lugar, el Espíritu toma el control, y la vida comienza a alinearse con la voluntad de Dios.

Este proceso no es automático, es intencional. Requiere rendición, requiere disciplina, requiere disposición para reconocer que no todo lo que se siente o se piensa proviene de Dios. Pero cuando ese proceso se desarrolla, el discernimiento se afina. Y lo que antes era confuso, comienza a volverse claro. Porque en el Reino, no basta con oír una voz, es necesario saber de dónde proviene.



Capítulo siete

LAS VOCES EXTERNAS Y SUS INFLUENCIAS

Dios, en Su sabiduría, ha establecido la edificación del cuerpo de Cristo a través de hombres y mujeres que enseñan, exhortan, corrigen y forman. Nadie crece espiritualmente en aislamiento absoluto. Hay un diseño divino en la impartición, en la enseñanza y en la comunión. Pero cuando ese diseño se desordena, lo que fue dado para edificar comienza a reemplazar aquello que solo Dios puede hacer: “guiarnos personalmente”.

Las voces externas, ya sea a través de predicadores, líderes, libros, redes sociales o sistemas religiosos, tienen un lugar legítimo, pero no absoluto. Nuestra función como comunicadores, no es dirigir la vida de los hijos de Dios, sino ayudarlos a crecer, servir para que sean perfeccionados, y fundamentalmente ayudarlos para que puedan ser dirigidos por Dios.

Efesios 4:13 establece el propósito de los ministerios: *“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto”*. Es decir, la meta no es generar dependencia, sino madurez. No

es formar seguidores de hombres, sino discípulos que conocen a Dios.

Sin embargo, en la práctica, muchos han invertido este orden. Han hecho de la voz externa su principal referencia, su fuente de dirección, su punto de seguridad. Y en ese proceso, han debilitado su capacidad de oír a Dios por sí mismos.

Esto se vuelve evidente cuando los hermanos necesitan tomar una decisión y el primer impulso que evidencian no es buscar a Dios, sino consultar a alguien más. No porque esté mal recibir consejo, sino porque se han desplazado de la fuente principal. La guía ya no nace de la comunión con Dios, sino de la dependencia de otros, y en muchos casos, esto les resulta muy cómodo.

Proverbios 29:25 advierte: *“El temor del hombre pondrá lazo; más el que confía en Jehová será exaltado”*. Cuando la voz de los hombres comienza a tener más peso que la voz de Dios, se forma un lazo invisible. El creyente empieza a necesitar aprobación, validación, y confirmación externa para avanzar.

Y así, poco a poco, se construye una espiritualidad prestada. Una fe que no nace de convicción interna, sino de repetición externa. Se habla lo que otros enseñan, se cree lo que otros interpretan, se decide según lo que otros aconsejan. Pero en lo profundo, no hay una comunión viva que sostenga esas decisiones.

Este fenómeno se ha intensificado con el crecimiento de las plataformas digitales. Hoy es posible escuchar a múltiples voces en un solo día. Predicaciones, enseñanzas, opiniones, debates, todo al alcance de un clic. Y aunque esto puede ser una bendición si se maneja con discernimiento, también puede convertirse en una saturación peligrosa.

Porque no todas las voces tienen el mismo origen, ni la misma intención, ni el mismo nivel de revelación. Y cuando el creyente consume sin filtrar, termina mezclando, confundiendo y perdiendo claridad.

1 Tesalonicenses 5:21 establece un principio esencial: *“Examinadlo todo; retened lo bueno”*. Esto implica que no todo debe ser recibido automáticamente. Hay un proceso de evaluación, de discernimiento, de filtrado. Y ese proceso no se delega, se asume personalmente.

Aquí es donde muchos fallan. Escuchan, pero no examinan. Reciben, pero no filtran. Y en ese estado, pueden ser influenciados por voces que, aunque suenan espirituales, no están alineadas con la verdad completa.

El peligro no es solo la falsa enseñanza evidente, sino también la dependencia de la enseñanza correcta en el lugar incorrecto. Porque incluso una buena palabra, si reemplaza la búsqueda personal de Dios, se convierte en un obstáculo.

Jeremías 17:5 dice: *“Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo”*. Esto no significa

rechazar toda ayuda humana, sino no convertirla en la base de la vida espiritual. La confianza última debe estar en Dios, no en los instrumentos que Él usa.

El creyente maduro sabe escuchar a otros, pero no depende de ellos. Recibe enseñanza, pero la lleva a la presencia de Dios. Valora el consejo, pero no lo convierte en dirección automática. Tiene la capacidad de discernir, de filtrar, de confirmar internamente lo que recibe.

Este es el equilibrio correcto: no aislarse, pero tampoco depender. No rechazar la voz externa, pero tampoco permitir que ocupe el lugar de la voz de Dios. Por eso es muy importante, que los ministros no procuremos generar dependencia, porque en muchos casos, no es que los hermanos caigan en el error de buscar dependencia, sino que es eso lo que les enseñaron, y un liderazgo sano, nunca debe impartir ese tipo de enseñanza.

Por otra parte, todos, sin excepción debemos procurar filtrar todo lo que se nos enseña o se nos imparte en una casa o a través de un ministerio determinado. En **Hechos 17:11** vemos la descripción de cómo actuaban los bereanos, quienes recibían la palabra con toda solicitud, pero examinaban cada día las Escrituras para ver si lo que se les decía era así. No rechazaban la enseñanza, pero tampoco la aceptaban sin discernimiento.

Ese es el modelo. Una actitud abierta, pero no ingenua; receptiva, pero no pasiva; dispuesta a aprender, pero firme en

buscar confirmación en Dios. El problema no es que haya muchas voces afuera. El problema es cuando esas voces reemplazan la voz del Espíritu Santo, quien debe guiarnos desde nuestro interior.

Porque la vida del Reino no se construye sobre lo que otros dicen constantemente, sino sobre lo que Dios habla personalmente. Y hasta que ese orden no se restaure, el creyente seguirá influenciado, pero no necesariamente guiado. Por eso, el llamado no es a dejar de oír a los hombres, sino a dejar de depender absolutamente de ellos.

Debemos volver a la fuente, sin independizarnos, ni aislarnos completamente. Debemos mantener una plena comunión con el cuerpo de Cristo, debemos procurar y permitir la edificación a través de los ministerios, pero debemos hacer todo, bajo la supervisión y dirección del Espíritu Santo.

Debemos sostener la búsqueda personal, debemos desarrollar un oído espiritual que no solo reconozca lo que otros dicen, sino que sea capaz de discernir lo que Dios está hablando. Porque cuando la voz externa ocupa el lugar incorrecto, el creyente pierde dirección. Sin embargo, cuando Dios se mantiene como la fuente de toda verdad y justicia, todas las demás voces encuentran su lugar correcto y no hay espacio para el engaño.



Capítulo ocho

IDENTIFICANDO LA VOZ DEL ENEMIGO

Así como Dios habla, y así como el alma también tiene su propia voz, existe otra fuente de influencia que opera de manera constante, aunque muchas veces de forma encubierta: la voz del enemigo. No siempre se manifiesta de manera evidente, ni se presenta con señales claras de oscuridad. Por el contrario, su mayor efectividad radica en su capacidad de mezclarse, de distorsionar y de presentarse con apariencia de verdad.

La Escritura advierte en **2 Corintios 11:14** que *“Satanás se disfraza como ángel de luz”*. Esto significa que no todo lo que parece correcto proviene de Dios. Hay palabras que suenan espirituales, pensamientos que parecen razonables, impulsos que se sienten urgentes, pero cuyo origen no es divino. Esto hace, que los hermanos que no desarrollan discernimiento espiritual, puedan terminar obedeciendo una voz equivocada creyendo que están siguiendo la voluntad de Dios.

La voz del enemigo no crea desde cero, distorsiona lo que ya existe. Toma verdades y las mezcla con error. Introduce pequeñas desviaciones que, con el tiempo, generan grandes consecuencias. No necesita convencer completamente, solo necesita confundir lo suficiente.

Uno de los primeros rasgos de esta voz es la confusión. Dios no es autor de confusión, como lo declara **1 Corintios 14:33**. Pero el enemigo sí opera en ese terreno. Introduce pensamientos contradictorios, genera dudas constantes, desestabiliza la percepción. El creyente comienza a preguntarse si está en lo correcto, si entendió bien, si debería hacer lo contrario. Y en ese estado, pierde claridad.

La confusión no solo paraliza, también desgasta. Porque obliga al creyente a moverse en incertidumbre, sin dirección firme, sin convicción interna. Y cuando la confusión se prolonga, la persona comienza a tomar decisiones desde la ansiedad, no desde la fe.

Aquí aparece otro rasgo característico: la presión. La voz del enemigo empuja, apresura, exige respuestas inmediatas. No da espacio para procesar, no permite esperar en Dios. Genera una sensación de urgencia que no proviene del Espíritu.

Dios puede hablar con claridad y firmeza, pero no presiona de manera desesperada. Su dirección puede ser urgente en ciertos momentos, pero siempre está acompañada

de paz interna. En cambio, la presión del enemigo produce ansiedad, inquietud, desesperación.

Isaías 28:16 declara: *“El que creyere, no se apresure”*. Este principio es clave. La fe no se mueve por presión, se mueve por convicción. Cuando una decisión nace de la urgencia interna sin paz, es necesario detenerse y discernir.

Otro elemento frecuente en la voz del enemigo es la condenación. No la convicción, sino la condenación. La convicción del Espíritu Santo señala, confronta y guía hacia el arrepentimiento. Pero la condenación acusa, aplasta y aleja.

Apocalipsis 12:10 lo llama *“el acusador de nuestros hermanos”*. No que hoy pueda hacerlo ante Dios, porque nosotros vivimos en Cristo, pero si procura soltar sus acusaciones entre nosotros. Su estrategia no es restaurar, sino debilitar. No busca que un cristiano herido se acerque a Dios, sino que se sienta indigno de hacerlo. Introduce pensamientos como “no sirves”, “ya fallaste demasiado”, “Dios no te va a escuchar”. Y si esos pensamientos son aceptados, comienzan a afectar la relación con Dios.

Romanos 8:1 establece una verdad poderosa: *“Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”*. Esto no significa que no haya corrección, sino que la corrección de Dios siempre conduce a restauración, no a

rechazo. Perder el enfoque respecto de la gracia soberana es muy peligroso.

La voz del enemigo también opera a través de la distorsión. Puede tomar una palabra de Dios y reinterpretarla de manera incorrecta. Puede exagerar un aspecto y minimizar otro. Puede llevar al creyente a extremos, sacándolo del equilibrio del Reino.

Un ejemplo claro de esto se ve en la tentación de Jesús en **Mateo 4**. El enemigo cita la Escritura, pero la utiliza fuera de contexto. No niega la verdad, la manipula. Y esa sigue siendo una de sus estrategias más efectivas. Por eso, el conocimiento de la Palabra es importante, pero no es suficiente si no va acompañado de discernimiento espiritual. Porque la Escritura puede ser usada correctamente o distorsionada, dependiendo de la intención y del contexto.

Otra característica importante es que la voz del enemigo busca desviar el enfoque. Puede hacer que el creyente se obsesione con detalles secundarios, que pierda de vista lo esencial, que se distraiga de lo que Dios realmente está haciendo. No siempre ataca directamente, muchas veces distrae estratégicamente.

El resultado final de esta voz es siempre el mismo: alejamiento de la voluntad de Dios. Puede ser sutil o evidente, progresivo o inmediato, pero su objetivo es desconectar al creyente de la guía divina.

Sin embargo, es importante entender algo fundamental: el enemigo no tiene autoridad sobre quienes estamos en Cristo. Su influencia depende del acceso que se le permita. Y ese acceso se da principalmente a través de pensamientos no filtrados, emociones no sometidas y decisiones no discernidas.

Santiago 4:7 establece el orden correcto: *“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros”*. La resistencia no comienza enfrentando al enemigo, sino sometiéndose a Dios. Cuando el creyente está alineado, la voz contraria pierde fuerza.

El discernimiento no se desarrolla enfocándose en el enemigo, sino conociendo la voz de Dios. Cuanto más clara es la voz de Dios, más evidente se vuelve cualquier distorsión.

No se trata de vivir con temor, sino con claridad. No de obsesionarse con lo falso, sino de afirmarse en lo verdadero. Porque cuando el creyente reconoce la voz de Dios con precisión, cualquier otra voz, por más sutil que sea, queda expuesta, y en medio de un mundo lleno de ruido, mezcla y confusión, esa claridad no solo es necesaria... es indispensable.



Capítulo nueve

CORAZONES DISTRAÍDOS

Uno de los mayores impedimentos para oír la voz de Dios no es la falta de intención divina de hablar, sino la incapacidad humana de detenerse. El problema no es que Dios no comunique, sino que el hombre vive en un estado constante de distracción. Y un corazón distraído difícilmente puede percibir una voz espiritual, por más que esta provenga del mismo Dios Todopoderoso.

La distracción no siempre es pecado evidente. Muchas veces se presenta como actividad legítima, como ocupación constante, como una vida aparentemente productiva. Pero en lo profundo, esa saturación impide la quietud necesaria para oír a Dios. Porque la voz de Dios no compite con el ruido; se percibe en un ambiente de atención.

El salmista declara: ***“En Dios solamente está acallada mi alma”*** (Salmo 62:1). Esto no es una expresión poética únicamente, es una revelación espiritual. El alma necesita ser aquietada para poder alinearse con el espíritu. Y cuando eso no ocurre, la vida interna se vuelve un constante movimiento que impide percibir con claridad.

Vivimos en una generación que ha perdido la capacidad de detenerse. Todo es inmediato, todo es rápido, todo demanda atención. El silencio incomoda, la pausa desespera, la quietud parece improductiva. Pero en el Reino, lo esencial no ocurre en la prisa, sino en la presencia.

Jesús mismo modeló este principio. En medio de una agenda llena, de multitudes, de demandas constantes, Él se apartaba en búsqueda de la comunión profunda con el Padre. ***“Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba” (Lucas 5:16)***. No era una opción secundaria, era una prioridad. Porque entendía que sin ese espacio de comunión, la dirección se debilita. La gran pregunta sería: ¿Si Jesús con toda la pureza de su corazón, necesitó quietud para escuchar al Padre, cuanto más nosotros?

El problema de muchos creyentes hoy no es falta de deseo de oír a Dios, sino falta de disciplina para crear el ambiente donde esa voz puede ser percibida. Quieren dirección, pero no generan el espacio para recibirla. Buscan claridad, pero viven en constante interrupción interna.

La distracción no solo es externa, también es interna. Pensamientos que no se detienen, preocupaciones que ocupan el centro, emociones que se agitan continuamente. El corazón se llena de tantas cosas que ya no hay lugar para escuchar con profundidad.

En la parábola del sembrador, Jesús habla de la semilla que cae entre espinos, y dice que ***“los afanes de este siglo y***

el engaño de las riquezas ahogan la palabra” (Mateo 13:22). No la rechazan, no la niegan... la ahogan. Esto revela que la distracción no elimina la voz de Dios, pero sí la sofoca.

El resultado es una vida espiritual superficial. Se oye, pero no se retiene. Se recibe, pero no se procesa. Se percibe algo momentáneamente, pero se pierde rápidamente porque no hubo espacio para que se establezca.

La distracción también afecta la sensibilidad. Un corazón constantemente estimulado pierde la capacidad de percibir lo sutil. Y la voz de Dios, muchas veces, no es estruendosa. Es clara, pero no invasiva. Requiere atención, requiere disposición, requiere un interior ordenado.

1 Reyes 19:12 describe cómo Dios no estaba en el viento fuerte, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en un “silbo apacible y delicado”. Esa sigue siendo una imagen poderosa de cómo Dios habla. No siempre en lo espectacular, sino en lo profundo. Sin embargo, para percibir ese “silbo apacible”, el corazón debe estar quieto. No distraído, no acelerado, no saturado, sino quieto.

El creyente que vive distraído comienza a depender de lo evidente, de lo fuerte, de lo externo. Necesita señales claras, palabras directas, confirmaciones visibles. Pero eso no es madurez espiritual, es una consecuencia de la falta de sensibilidad.

La madurez se manifiesta cuando el creyente puede percibir lo que otros no perciben, no porque tenga más información, sino porque tiene más atención espiritual. El problema no es que Dios hable poco, el problema es que el hombre escucha poco profundamente. Y esto requiere un ajuste intencional. No ocurre por accidente. Se necesita decidir detenerse, reducir el ruido, ordenar el interior. Crear espacios donde el alma se aquiete y el espíritu pueda percibir.

Salmo 46:10 lo declara con claridad: *“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”*. Esta no es solo una invitación a descansar, es una condición para conocer más a Dios y comprender Su voluntad. Sin quietud, no hay comunión verdadera, ni revelación profunda.

El creyente que no aprende a detenerse, termina viviendo en la superficie. Puede ser activo, puede ser constante, puede estar involucrado, pero sin dirección clara. Y en el Reino, la actividad sin dirección no es virtud, es desgaste.

Por eso, el llamado en este tiempo no es a hacer más, sino a detenerse mejor. No a aumentar el ritmo, sino a recuperar la quietud. No a buscar más voces, sino a crear el espacio donde la voz de Dios pueda ser oída. Porque un corazón distraído no rechaza a Dios, pero tampoco lo percibe con claridad, y al final, no es gobernado por Él. ¡Cuidado! porque hasta que esa distracción no sea confrontada, la voz de Dios seguirá estando, pero no siendo escuchada como debería.

Capítulo diez

CORAZONES ENDURECIDOS

Hay una condición espiritual más peligrosa que la distracción, porque no solo impide oír, sino que altera la capacidad de responder: el endurecimiento del corazón. Mientras la distracción dispersa la atención, el endurecimiento bloquea la sensibilidad. Y cuando el corazón se endurece, la voz de Dios puede seguir estando presente, pero ya no produce efecto.

La Escritura es clara y repetitiva en esta advertencia: ***“Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones”*** (Hebreos 3:15). Este llamado no está dirigido a incrédulos, sino al pueblo de Dios. Es una advertencia para aquellos que tienen acceso a Su voz, pero corren el riesgo de volverse insensibles a ella.

El endurecimiento no ocurre de manera repentina. Es un proceso progresivo que comienza con pequeñas resistencias. Dios habla, pero el hombre posterga. Dios confronta, pero el hombre justifica. Dios guía, pero el hombre decide seguir su propio camino. Y en esa repetición constante, algo comienza a cambiar internamente.

La primera vez que Dios habla sobre un área, hay incomodidad. Hay una sensación interna que confronta, que inquieta, que invita al cambio. Pero si esa voz es ignorada, la segunda vez la intensidad disminuye. Y si se sigue ignorando, llega un punto donde ya no hay reacción. Ese es el inicio del endurecimiento.

Efesios 4:18 describe esta condición diciendo que están *“entenebrecidos en su entendimiento, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”*. No es falta de acceso, es falta de sensibilidad. No es ausencia de luz, es incapacidad de percibirla.

El corazón endurecido no deja de oír externamente, pero pierde la capacidad de responder internamente. Puede seguir escuchando mensajes, leyendo la Palabra, participando en actividades espirituales, pero sin transformación. La voz de Dios ya no penetra como antes.

Esto es lo que hace que esta condición sea tan peligrosa: puede coexistir con una apariencia de vida espiritual. No es un abandono evidente, es una desconexión interna. Se mantiene la forma, pero se pierde la sustancia.

El autor de Hebreos conecta el endurecimiento con la incredulidad: *“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo”* (Hebreos 3:12). La incredulidad no es solo no

creer en Dios, es no responder a lo que Dios dice. Es oír, pero no actuar. Es saber, pero no obedecer.

Cada vez que el creyente ignora una instrucción de Dios, no solo está desobedeciendo en ese momento, está afectando su capacidad futura de oír. Porque la sensibilidad espiritual se mantiene en la medida en que se responde.

El corazón fue diseñado para ser sensible a Dios. Pero cuando se expone continuamente a Su voz sin responder, comienza a protegerse. Se vuelve menos reactivo, menos perceptivo, más cerrado. Y con el tiempo, lo que antes era claro, se vuelve distante.

Zacarías 7:11 y 12 describe este proceso con fuerza: *“Pero no quisieron escuchar, antes volvieron la espalda, y taparon sus oídos para no oír; y pusieron su corazón como diamante”*. No es que no podían oír, es que decidieron no hacerlo. Y esa decisión repetida generó una condición permanente.

El endurecimiento también produce una falsa sensación de estabilidad. El creyente deja de sentir incomodidad, deja de experimentar convicción, y puede interpretar eso como paz. Pero no es paz, es insensibilidad. No es que todo esté bien, es que ya no percibe lo que está mal. Este es uno de los engaños más peligrosos: confundir la ausencia de convicción con aprobación divina.

Pero Dios, en Su gracia, no deja al hombre en ese estado sin advertencia. Él sigue hablando, sigue confrontando, sigue llamando. Pero la respuesta depende del corazón. **Ezequiel 36:26** revela el deseo de Dios: ***“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”***. Esto muestra que el endurecimiento no es el diseño original, ni el destino final. Dios quiere restaurar la sensibilidad.

Sin embargo, esa restauración requiere reconocimiento. El creyente debe admitir que ha dejado de responder, que ha ignorado, que ha postergado. Y desde ese lugar, volver a abrir su corazón. El proceso de ablandamiento comienza con la rendición. No con emociones intensas, sino con decisiones claras. Decidir volver a obedecer, decidir volver a responder, decidir no ignorar más lo que Dios está hablando. Porque la sensibilidad espiritual no se recupera solo escuchando más, sino respondiendo mejor.

El corazón que vuelve a obedecer, vuelve a sentir. El corazón que se rinde, vuelve a percibir. Y la voz de Dios, que parecía lejana, vuelve a ser clara. El problema nunca fue la falta de voz, el problema fue la falta de respuesta, y cuando la respuesta se restaura, la relación también. Porque Dios no dejó de hablar, pero el corazón necesita volver a ser sensible.



Capítulo once

CORAZONES INDEPENDIENTES

Hay una condición más sutil que la distracción y más peligrosa que el endurecimiento inicial: la independencia espiritual. No se manifiesta como rechazo a Dios, sino como una aparente madurez que, en realidad, es autosuficiencia disfrazada.

El corazón independiente no necesariamente deja de creer, ni abandona la fe, ni rechaza la Palabra. Pero ha desplazado a Dios del centro de sus decisiones. Ya no consulta, ya no espera, ya no depende. Vive, actúa y decide, y luego, si es necesario, busca que Dios respalde lo que ya determinó.

Proverbios 3:7 advierte: *“No seas sabio en tu propia opinión; teme a Jehová, y apártate del mal”*. Este versículo revela un principio esencial: la autosuficiencia espiritual comienza cuando el hombre confía en su propio criterio más que en la dirección de Dios.

La independencia no siempre es evidente. Puede expresarse en frases como “yo sé lo que tengo que hacer”,

“esto es lo más lógico”, “ya lo he vivido antes”. Y aunque la experiencia y la sabiduría práctica tienen su lugar, no fueron diseñadas para reemplazar la guía del Espíritu.

El problema no es tener criterio, sino convertirlo en la fuente principal de dirección. **Jeremías 10:23** lo declara con claridad: ***“Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino”***. Esto no es una limitación, es un diseño. El ser humano fue creado para depender de Dios. No como debilidad, sino como una forma de gobierno espiritual. La dependencia no es inmadurez, es alineación.

El corazón independiente deja de buscar dirección antes de actuar. Ya no pregunta “Señor, ¿qué quieres?”, sino “Señor, bendice lo que voy a hacer”. Y ese cambio, aunque parece pequeño, altera completamente el orden del Reino. Porque en el Reino, Dios no es un respaldo, es el que dirige.

Muchos creyentes viven así sin darse cuenta. Toman decisiones importantes sin consultar a Dios, avanzan en proyectos sin esperar confirmación, se mueven por oportunidades sin discernir su origen. Y luego, cuando enfrentan consecuencias, buscan dirección. Pero la guía de Dios no es reactiva, es preventiva. Él no solo corrige caminos, los establece desde el principio.

Isaías 30:1 presenta una advertencia fuerte: ***“¡Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi espíritu!”***. Esto no habla de rebelión abierta, sino de

decisiones tomadas sin consultar a Dios. Y ese tipo de independencia tiene consecuencias.

El corazón independiente también pierde sensibilidad progresivamente. No porque rechace a Dios, sino porque deja de necesitarlo en lo práctico. Y cuando la dependencia se pierde, la relación se debilita.

Jesús lo expresó de manera contundente en Juan 15:5: “Separados de mí nada podéis hacer”. No dijo “poco”, dijo “nada”. Esto revela que cualquier acción fuera de la dependencia de Él carece de valor eterno, aunque pueda parecer exitosa en lo natural.

La independencia espiritual produce una falsa sensación de control. El creyente siente que domina su vida, que tiene claridad, que sabe hacia dónde va. Pero en realidad, ha dejado de ser guiado. Y cuando eso ocurre, puede avanzar, pero no necesariamente en la dirección correcta.

El peligro no es solo equivocarse, sino hacerlo convencido de que se está en lo correcto. **Proverbios 16:25** repite el mismo principio: *“Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte”*. La independencia confía en lo que parece, la dependencia busca lo que Dios dice.

El corazón dependiente no es débil, es sabio. Reconoce sus límites, entiende que necesita dirección, y no se mueve sin buscarla. No porque no pueda decidir, sino porque ha

entendido que la mejor decisión es la que nace de la voluntad de Dios.

Este tipo de corazón se ve en la vida de Jesús. Aun siendo el Hijo, Él dijo: ***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” (Juan 5:19)***. Esto no era incapacidad, era dependencia perfecta. No actuaba desde iniciativa propia, sino desde comunión. Aquí está el modelo del Reino: no vivir por impulso, ni por lógica, ni por experiencia, sino por dirección.

El creyente que vive en dependencia consulta antes de decidir, espera antes de avanzar, discierne antes de actuar. No se mueve por oportunidad, sino por dirección. No busca resultados, busca alineación. Y en esa dependencia, encuentra seguridad. No porque entienda todo, sino porque sabe que está siendo guiado.

El problema del corazón independiente no es que no pueda avanzar, sino que avanza sin garantía de estar en la voluntad de Dios. Y en el Reino, avanzar fuera de Su voluntad no es progreso, es desvío. Por eso, el llamado no es a dejar de hacer, sino a dejar de hacer sin consultar. No es a paralizarse, sino a alinearse. No es a perder iniciativa, sino a someterla.

Porque la verdadera madurez no es saber qué hacer, es no hacer nada sin Dios. Y hasta que ese principio no se establezca, el creyente puede parecer firme, pero en realidad, está caminando solo.

Capítulo doce

CORAZONES CONTAMINADOS

Hay una realidad espiritual que muchos prefieren evitar, pero que es imposible ignorar si se desea oír a Dios con claridad: el estado interno del corazón define la calidad de lo que se percibe. No basta con querer oír a Dios; es necesario estar en una condición que permita recibir Su voz sin distorsión.

Un corazón contaminado no deja de ser creyente, pero sí deja de ser un canal limpio. Y cuando el canal está alterado, lo que se recibe no siempre es fiel a lo que Dios está hablando. No porque Dios hable de manera confusa, sino porque el interior del hombre está mezclado.

Jesús lo expresó con claridad en **Mateo 5:8**: *“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”*. No dijo los más preparados, ni los más activos, ni los más experimentados, dijo los de limpio corazón. Esto revela que la percepción espiritual no depende solamente de conocimiento, sino de pureza.

La contaminación del corazón puede venir de diferentes fuentes. Una de las más evidentes es el pecado no tratado. No necesariamente el pecado visible o escandaloso, sino aquellas áreas que el creyente ha tolerado, justificado o postergado. Actitudes internas, pensamientos persistentes, hábitos ocultos, todo aquello que no ha sido rendido completamente a Dios.

El problema no es solo la acción, sino el efecto que produce en el interior. El pecado genera interferencia. No apaga la voz de Dios, pero sí afecta la capacidad de percibirla correctamente.

El salmista lo entendía cuando decía: ***“Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado”*** (Salmo 66:18). Esto no habla de un Dios que deja de escuchar, sino de una comunión interrumpida. Cuando el corazón alberga lo que Dios quiere tratar, la relación se ve afectada.

Otra fuente de contaminación son las motivaciones incorrectas. El creyente puede buscar a Dios, pero no siempre con el motivo correcto. Puede querer dirección, pero para validar sus propios intereses. Puede querer oír, pero solo aquello que confirma lo que desea.

Santiago 4:3 lo declara con precisión: ***“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites”***. Esto no habla de falta de oración, sino de intención

incorrecta. Y cuando la intención está desviada, la percepción también lo estará.

El corazón contaminado no busca la voluntad de Dios como prioridad, busca que la voluntad de Dios se ajuste a la suya. Aquí es donde el discernimiento se vuelve crítico. Porque no todo lo que el creyente percibe como dirección es realmente dirección. Muchas veces es interpretación filtrada por intereses personales.

También existe la contaminación por heridas no sanadas. Experiencias pasadas, traiciones, frustraciones, rechazos, todo eso puede marcar el interior de tal manera que afecta la forma en que se percibe la voz de Dios. El corazón herido interpreta desde el dolor, no desde la verdad.

Proverbios 4:23 dice: *“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida”*. Esto implica que el corazón no solo recibe, también emite. Y si lo que hay dentro está alterado, lo que fluye también lo estará.

Un corazón contaminado puede escuchar a Dios, pero interpretarlo incorrectamente. Puede recibir una dirección, pero aplicarla de manera distorsionada. Puede percibir una palabra, pero filtrarla a través de su condición interna.

El peligro de esta condición es que no siempre es evidente. El creyente puede estar convencido de que está siendo guiado, cuando en realidad está respondiendo a una mezcla. Y esa mezcla es suficiente para desviar el camino.

Isaías 55:8 y 9 declara: *“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová”*. Esto revela que la mente natural, el corazón no alineado, no pueden interpretar correctamente la voluntad de Dios sin un proceso de transformación interna. Por eso, antes de buscar oír más, es necesario limpiar más. Antes de pedir dirección, es necesario rendir el corazón. Antes de avanzar, es necesario alinearse.

1 Juan 1:7 establece el camino: *“Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión... y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”*. La limpieza no es un evento aislado, es un proceso continuo de caminar en luz, de exponer, de rendir, de permitir que Dios trate el interior.

El creyente que desea oír a Dios con claridad debe estar dispuesto a ser confrontado. Porque Dios no solo habla para dirigir, también habla para limpiar. Y muchas veces, antes de dar una dirección, va a tratar una condición.

El corazón limpio no es perfecto, pero sí es rendido. No es aquel que nunca falla, sino aquel que no esconde, que no justifica, que no resiste el trato de Dios. Y en ese tipo de corazón, la voz de Dios encuentra un lugar claro. No hay distorsión, no hay mezcla, no hay interferencia. La percepción se vuelve nítida, la dirección se vuelve evidente, la comunión se vuelve profunda.

Porque en el Reino, no solo importa oír la voz de Dios, importa oírla correctamente. Y eso depende, en gran medida, del estado del corazón que escucha.

“Nada hay tan engañoso como el corazón.

No tiene remedio.

¿Quién puede comprenderlo?

Yo, el Señor, sondeo el corazón

y examino los pensamientos,

para darle a cada uno según sus acciones

y según el fruto de sus obras.”

Jeremías 17:9 y 10 NVI



Capítulo trece

EL ESPÍRITU SANTO LA VOZ INTERNA

Si hay una verdad que debe ser restaurada con urgencia en la vida de la Iglesia, es esta: Dios no habla desde lejos, habla desde adentro. Bajo el diseño del Nuevo Pacto, la voz de Dios no es externa como norma, es interna como diseño. Y esa voz interna tiene un nombre: el Espíritu Santo.

Muchos creyentes buscan oír a Dios como si estuviera fuera, esperando señales, palabras audibles o confirmaciones visibles. Pero Jesús dejó establecido un cambio radical cuando dijo: *“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”* (Juan 14:16).

No dijo que estaría ocasionalmente, ni que hablaría esporádicamente, sino que estaría permanentemente. Esto transforma completamente la manera de entender la comunicación con Dios. Ya no se trata de un Dios que habla ocasionalmente desde el cielo, sino de un Dios que habita en el interior del creyente y guía desde allí.

El apóstol Pablo lo afirma con claridad: “*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?*” (**1 Corintios 6:19**). Esto no es una metáfora simbólica, es una realidad espiritual. Dios no solo se relaciona con el creyente, vive en él. Y desde ese lugar, dirige, instruye, corrige y revela.

La voz del Espíritu Santo no es un pensamiento común, aunque puede manifestarse a través de pensamientos. No es una emoción, aunque puede afectar las emociones. Es una impresión espiritual que trae claridad, convicción y dirección desde lo profundo del ser.

Romanos 8:14 declara: “*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*”. Esto no es una opción para algunos creyentes más espirituales, es la identidad de todos los hijos de Dios. Ser guiado por el Espíritu no es una experiencia extraordinaria, es la normalidad del Reino.

Sin embargo, muchos no han aprendido a reconocer esa guía. No porque el Espíritu no hable, sino porque no han desarrollado la sensibilidad para distinguir Su voz de otras impresiones internas. Aquí es donde el discernimiento vuelve a ser esencial. Porque el Espíritu habla de manera distinta al alma. No grita, no presiona, no confunde. Su voz es firme, pero suave; clara, pero no invasiva; constante, pero no ansiosa.

Jesús dijo en **Juan 16:13**: *“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”*. Esto implica un proceso continuo. No es una dirección ocasional, es una guía constante. El Espíritu no solo habla en momentos específicos, vive guiando.

Una de las formas en que el Espíritu Santo se manifiesta es a través de la convicción interna. No una emoción pasajera, sino una certeza que se instala en el interior. Puede confrontar, puede incomodar, pero siempre está alineada con la verdad y conduce a la vida.

Es importante diferenciar entre convicción y emoción. La emoción puede ser intensa pero inestable; la convicción puede ser silenciosa pero firme. La emoción fluctúa, la convicción permanece. Y la voz del Espíritu se reconoce más por la convicción que por la intensidad emocional.

Otra forma en que el Espíritu guía es a través de una claridad progresiva. No siempre revela todo de una vez, pero sí lo necesario para el siguiente paso. Su dirección no siempre responde a la necesidad de entenderlo todo, sino a la necesidad de caminar en obediencia.

Esto requiere confianza. Porque el creyente que quiere controlar todo, que necesita entender cada detalle antes de avanzar, tendrá dificultad para seguir la guía del Espíritu. Pero el que aprende a confiar, puede caminar aun sin tener toda la información.

La voz del Espíritu también produce alineación con la voluntad de Dios. No lleva al creyente a contradicción con la Palabra, ni a decisiones que comprometan su integridad espiritual. Siempre está en armonía con el carácter de Dios.

Gálatas 5:25 dice: *“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”*. Esto implica que no basta con tener vida espiritual, es necesario caminar en esa vida. Y ese caminar se da en la medida en que se reconoce y se sigue la guía interna.

El problema de muchos creyentes no es que el Espíritu no les hable, sino que no confían en lo que perciben. Dudan, cuestionan, buscan confirmaciones constantes, y en ese proceso debilitan su sensibilidad. No porque estén mal, sino porque no han aprendido a reconocer la voz que ya está operando dentro de ellos.

Dios no diseñó la vida cristiana para ser vivida en incertidumbre constante. La guía del Espíritu no es confusa. Puede requerir fe, pero no genera desorden interno. Por eso, el desarrollo del oído espiritual comienza por reconocer esta verdad: la voz que muchos están buscando, ya está dentro de ellos.

La verdad es que no necesitan traer a Dios desde lejos, solo necesitan aprender a escuchar desde adentro, y eso requiere tiempo, requiere quietud, requiere sensibilidad, pero sobre todo, requiere comunión verdadera.

Porque el Espíritu Santo no es una herramienta de dirección. Es una persona que guía, y cuanto más se le conoce, más clara se vuelve Su voz. No por volumen, sino por cercanía.

“Oro a Dios para que sus corazones sean animados, unidos en amor, y alcancen toda la riqueza que proviene de la plena seguridad de la comprensión, que resulta en un verdadero conocimiento del misterio de Dios, que es Cristo mismo”.

Colosenses 2:2 NASB



Capítulo catorce

LA PALABRA, EL FILTRO DE TODA VOZ

En medio de tantas voces, impresiones, pensamientos y experiencias espirituales, existe un elemento que no cambia, no se adapta y no se contradice: la Palabra de Dios. Y si hay algo que el creyente necesita establecer con firmeza es esto: ninguna voz, por más espiritual que parezca, puede ser válida si no está alineada con la Escritura.

La Palabra no es solo un libro de enseñanza, es el fundamento sobre el cual se discierne todo lo demás. Es el filtro que protege al creyente del engaño, de la confusión y de la interpretación errónea. Sin ella, la experiencia espiritual queda expuesta a la subjetividad; con ella, todo encuentra orden y dirección.

El apóstol Pablo declara en **2 Timoteo 3:16**: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”*. Esto no solo afirma su origen divino, sino también su función activa en la vida del creyente. La Palabra no informa únicamente, forma.

Dios nunca hablará algo que contradiga lo que ya ha revelado en Su Palabra. Esto es un principio innegociable. Si una impresión interna, una “voz”, una dirección o una experiencia llevan al creyente a actuar en contra de la Escritura, su origen no es Dios, aunque parezca espiritual.

Isaías 8:20 lo establece con contundencia: “*¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido*”. Es decir, la validación no está en lo que se siente, ni en lo que se percibe, sino en su alineación con la verdad revelada. Aquí es donde muchos se desvían. Buscan experiencias, sensaciones, palabras específicas, pero descuidan la base. Quieren oír algo nuevo, pero no han establecido lo que ya fue dicho. Y sin esa base, cualquier voz puede parecer válida.

Jesús mismo enfrentó la tentación del enemigo usando la Palabra. En **Mateo 4**, ante cada intento de distorsión, respondió: “*Escrito está*”. No apeló a sensaciones, ni a impresiones, ni a razonamientos. Se sostuvo en la verdad establecida. Y ese es el modelo.

La Palabra no solo protege del error, también guía en la verdad. El **Salmo 119:105** declara: “*Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino*”. Esto habla de dirección práctica. No ilumina todo el camino de una vez, pero sí el paso siguiente.

Aquí aparece una distinción importante: conocer la Palabra no es lo mismo que vivirla. Muchos tienen

información bíblica, pero no revelación. Saben textos, pero no han permitido que esos textos transformen su interior. Y sin esa transformación, la Palabra puede ser utilizada, pero no necesariamente aplicada correctamente.

2 Corintios 3:6 dice que *“la letra mata, más el Espíritu vivifica”*. Esto no desacredita la Escritura, sino que muestra la necesidad de que sea iluminada por el Espíritu. La Palabra sin el Espíritu puede volverse conocimiento seco; el Espíritu sin la Palabra puede volverse subjetividad peligrosa. Pero juntos, producen vida.

Por eso, el creyente necesita desarrollar una relación correcta con la Escritura. No como un recurso ocasional, sino como una base constante. No como un libro de consulta, sino como una fuente de formación.

La voz de Dios no reemplaza la Palabra, la confirma. No la contradice, la revela. No la ignora, la utiliza como medio principal de comunicación. Muchas veces, el creyente está buscando una palabra específica de Dios, cuando Dios ya ha hablado claramente en Su Palabra sobre ese asunto. Pero como no hay disposición a obedecer lo que ya fue revelado, se busca algo nuevo que resulte más conveniente.

Este es un error común: querer revelación sin fundamento. Pero en el Reino, la revelación se construye sobre la base de la Palabra. No hay dirección genuina fuera de ese marco.

Hebreos 4:12 declara que *“la palabra de Dios es viva y eficaz... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”*. Esto significa que no solo guía hacia afuera, también revela lo que hay adentro. Es un espejo espiritual que muestra la condición real del corazón. Y esto es clave para el discernimiento. Porque no basta con oír una voz, es necesario evaluar desde qué condición se está oyendo. Y la Palabra tiene la capacidad de exponer eso con precisión.

El creyente que se sumerge en la Escritura comienza a desarrollar un filtro interno. Ya no necesita cuestionar todo desde cero, porque la verdad ha sido establecida dentro de él. Y cuando aparece una voz que no está alineada, lo percibe rápidamente.

Esto no ocurre por esfuerzo intelectual, sino por formación espiritual. Es el resultado de una vida expuesta continuamente a la verdad. En **Colosenses 3:16** dice: *“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros”*. No superficialmente, no ocasionalmente, en abundancia.

Esto implica que la Palabra no solo se lea, sino que habite, que permanezca, que forme parte del interior del creyente. Y cuando eso ocurre, algo cambia, la confusión disminuye, el discernimiento aumenta, la claridad se establece. Porque la voz de Dios nunca estará fuera de lo que Él ya ha dicho, y el creyente que no conoce la Palabra, queda expuesto a cualquier voz.

Sin embargo, el que la habita, camina con seguridad. Porque en medio de tantas voces, la Escritura sigue siendo el fundamento firme, el filtro seguro y la base inquebrantable para oír correctamente a Dios.

***“Hijo mío, atiende a mis consejos;
escucha atentamente lo que digo.
No pierdas de vista mis palabras;
guárdalas muy dentro de tu corazón.”***

Proverbios 4:20 y 21



CONCLUSIÓN

“El ruido y las voces”

Después de haber atravesado este recorrido, creo que no podemos permanecer en la misma posición en la que comenzamos. No porque hayamos recibido información nueva solamente, sino porque estoy seguro que hemos sido confrontados en nuestra manera de percibir, de escuchar y de relacionarnos con Dios.

Este primer libro sobre oír a Dios en medio del ruido, no fue escrito para entretener, ni siquiera solo para enseñar, sino para despertar, para incomodar lo suficiente como para producir un cambio. La realidad es clara: no vivimos en un tiempo donde falten palabras, vivimos en un tiempo donde sobran voces.

En medio de esa saturación, muchos han perdido la capacidad de distinguir, de filtrar y, sobre todo, de oír verdaderamente a Dios. No porque Él haya dejado de hablar, sino porque el corazón ha sido ocupado por demasiadas cosas que compiten por el mismo espacio.

A lo largo de estos capítulos, ha quedado en evidencia que el problema no es externo solamente. No es solo el ruido del mundo, ni la multiplicidad de voces, ni la influencia de otros. El problema también es interno. Es un corazón distraído, endurecido, independiente o contaminado que ya no percibe con claridad. Y mientras esa condición no sea

tratada, ninguna técnica, ningún método, ninguna práctica espiritual podrá reemplazar lo que solo un corazón alineado puede lograr.

Creo que también se ha revelado algo fundamental: no toda voz que suena espiritual proviene de Dios. El alma habla, el entorno habla, el enemigo distorsiona. Y en medio de esa mezcla, el creyente necesita algo firme, inalterable, confiable. Por eso la Palabra de Dios se ha presentado como el filtro, la base, el punto de referencia que no cambia en medio de la confusión.

Este primer libro no tenía como objetivo enseñar a oír a Dios plenamente, sino a prepararnos para poder hacerlo correctamente. Ha sido un proceso de limpieza, de orden, de confrontación. Ha quitado capas, ha expuesto engaños, ha señalado desvíos. Y aunque eso puede resultar incómodo, es absolutamente necesario, porque nadie puede oír con claridad si antes no reconoce qué lo está confundiendo.

Ahora la responsabilidad ya no es del contenido, es del lector. Porque lo que ha sido expuesto demanda una respuesta. No basta con estar de acuerdo, no basta con reconocer que es verdad, no basta con sentir que algo ha tocado el corazón. La transformación comienza cuando lo que se ha visto se convierte en decisión.

Tal vez este proceso ha revelado áreas que necesitan ser ajustadas, voces que deben ser silenciadas, hábitos que deben ser cambiados, relaciones que deben ser reordenadas o

actitudes internas que necesitan ser rendidas. Ese es el punto de este libro. No es simplemente entender el problema, es dejar de vivir en él.

Dios sigue hablando. Eso nunca estuvo en duda. La pregunta que queda es si el corazón está dispuesto a volver a la posición correcta para oírlo. Y esa posición no se alcanza acumulando más información, sino rindiendo el interior, ordenando el alma y estableciendo a Dios como la única voz con autoridad real.

Este no es el final del proceso, es el final del engaño. Y cuando el engaño se rompe, el camino queda abierto para algo mucho más profundo: no solo dejar de estar confundido, sino aprender a vivir guiado.

Por último, si este primer libro ha sentado una plataforma de entendimiento, respecto a la importancia de escuchar correctamente a Dios, los invito a leer el segundo libro bajo el mismo título, en el cual enseñaré sobre la paz interior como testimonio de la verdad, sobre la importancia de la quietud para escuchar, la sensibilidad espiritual, sobre como desarrollar el oído, ejercitar el discernimiento, afinar la percepción. Enseñaré sobre la obediencia, la intimidad, la dependencia correcta como la guía correcta de Dios, etc. Estoy seguro que es un material que bendecirá grandemente sus vidas.

Al final, lo que todos deseamos es oír claramente la voz de Dios para vivir Reino...

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

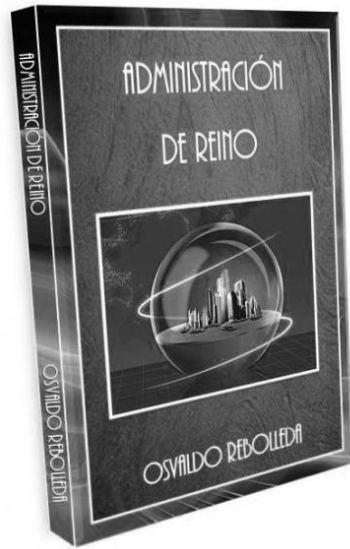


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

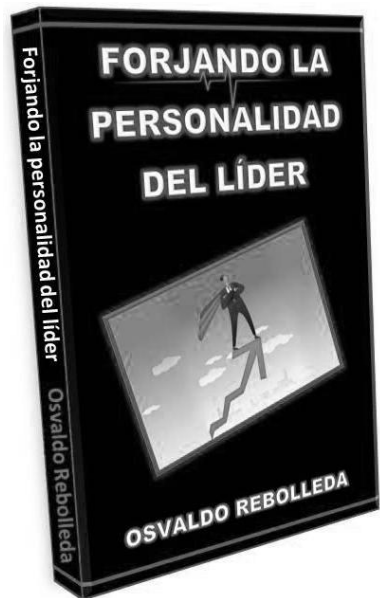
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

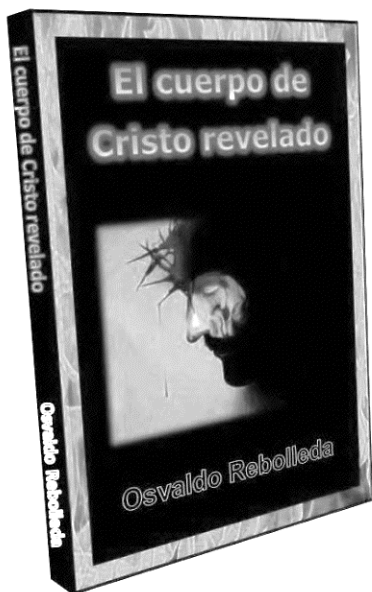
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

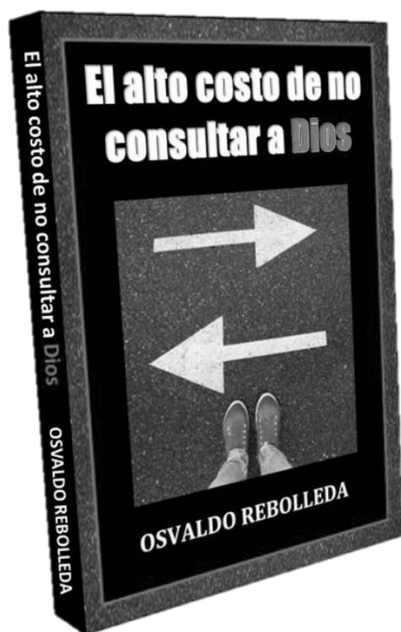


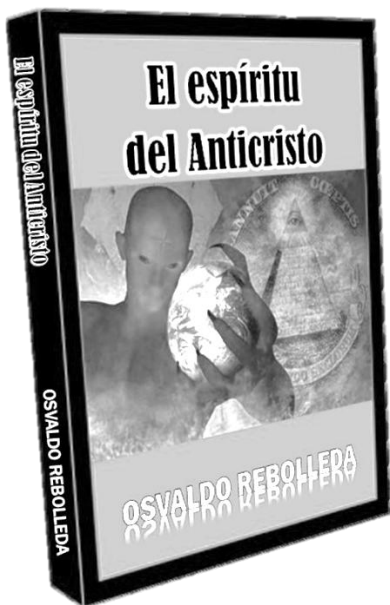
www.osvaldorebolleda.com



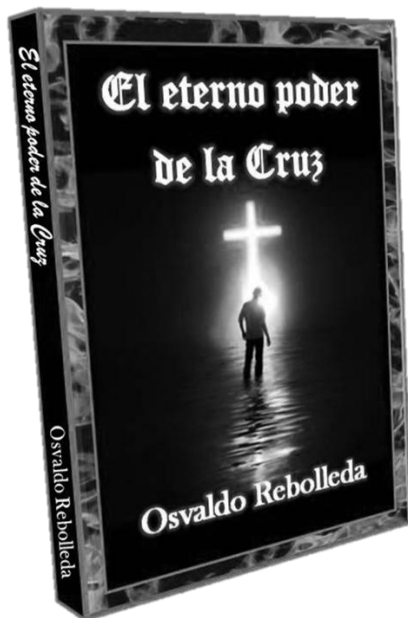
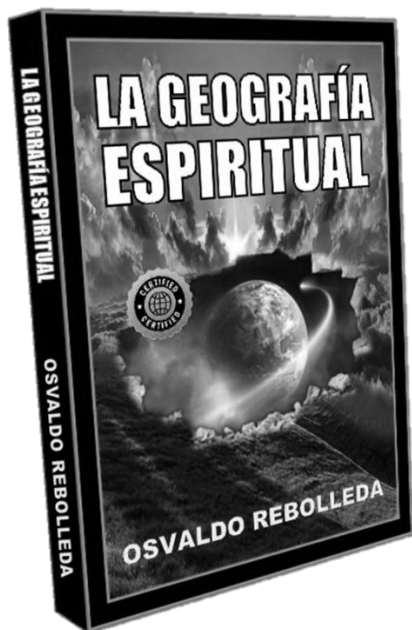


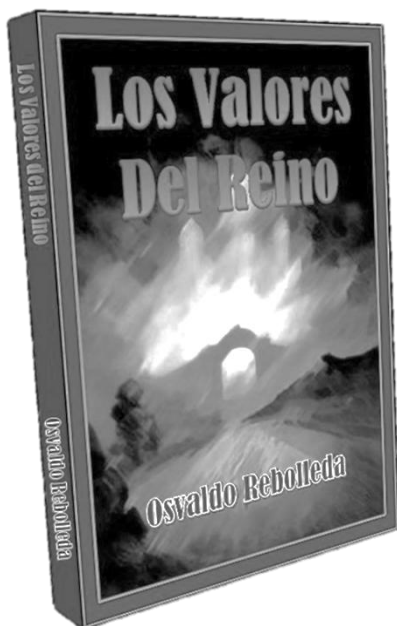
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

